

espíritu serás escogido para brillar allá arriba, en el espacio, como una estrella de esplentes fulgores“

¡¡Viva México!!

¡ AU REVOIR !



FINIS

APENDICE

No se enfriaba todavía el cadáver del Sr Lerdo — ¡qué decimos se enfriaba, aun no moría el Gran Infortunado! — y ya los agentes porfiristas rodeaban como buitres su lecho de agonía,

Temeroso el Sr. Romero Rubio de que Don Sebastián no muriera, hizo vibrar por el telégrafo su impaciente deseo, ordenando al cónsul en Nueva York que metiera al moribundo en un tren expreso .

Se exculparía esa barbarie, diciendo que el enfermo había implorado la gracia de morir en el suelo patrio. ¿Qué cosa más natural que el complacerlo ?

Pretendíase secuestrarlo vivo ó muerto; si vivo para que muriese, si muerto, para identificar sus restos y bailar en su sepultura.

Nosotros presenciamos de cerca las tortura

del gran paciente: con excepción de Pancho Ibañez y Espinosa, todos los que llegaron á su cabecera eran y continúan siendo personas altamente mercenarias. En las postrimerias, la voluntad no llegó á abandonarle, pero le abandonó el habla ó propiamente dicho, la fuerza suficiente para articular un sonido. Por una extraña coincidencia, sus últimas palabras ueron las mismas que pronunciara Maximiliano en el Cerro de las Campanas:— ¡ Hombre ! ¡ hombre !

Por fortuna la muerte, más humana que Romero Rubio y Porfirio Díaz, evitó la consumación de otro crimen. apresurándose á detener con mano de plomo el palpitante corazón.

Grande debió ser la alegría del suegro y no menos la del yerno, cuando recibieron la buena nueva de la desaparición eterna del Sr. Lerdo: decididamente la fortuna es miembro de la familia de esos señores ?

Cuando llevaron la cabeza de Ciceron al Procónsul Antonio, la mujer de éste Fulvia, quitándose un alfiler del peinado clavólo muchas veces en la lengua del tribuno, escupiendo en las inertes y descompuestas facciones.

Ante el cadáver de Don Sebastián, esa Fulvia se transformó en histrión y ese histrión se llama Francisco Bulnes. No fué una oración fúnebre sino un sacrilego apóstrofe; con el pretexto de hacer el apoteosis del difunto y el proceso del gobierno, hizo el apoteosis del gobierno y el proceso del difunto. El oradorzuelo engastó sus blasfemias en esa pedantería científica que tanto admira el cojo Pacheco y otros imbéciles: cada dardo retórico y disparado contra el muerto, se resolvía en lluvia de flores que caían a los piés de los vivos. Y ¡mirabile dictu! esa hiena literaria, ese fiscal de cementerio, había sido uno de los protegidos del Sr. Lerdo

El lector no puede imaginarse una solemnidad fúnebre más proterva, un dolor colectivo más artificial: la hipocrecia congregada derramando lágrimas de cocodrilo, no, no puede imaginárselo. Se necesitaría ó el pincel de Callot, que creaba monstruos, ó el lápiz de Chan, que trazaba títeres, para ver de bulto esa monstruosa ó ridícula farsa.

Si Porfirio Díaz mata bien, Romero Rubio en tierra mejor.

Mientras el yerno llora, el suegro caba la sepultura.....

* * *

El asesinato del General Corona, perpetrado por orden del amigo Diaz, fué á puñal limpio en él no intervino más de un loco ó monomaniaco, como en la comedia de Shakespeare.

Don Porfirio tendrá todos los defectos que quieran atribuirle; pero tiene una virtud; la de no rehusar un nicho en el Panteón de los Hombres Ilustres á sus rivales á la Presidencia. Con excepción de Garcia de la Cadena, se los ha ofrecido hospitalariamente á todos los que le puedan hacer sombra; todo aquel ciudadano que quiera ser ilustre en el Panteón de los Hombres idem que aspire á la primera Magistratura...

Se le admite de frac y guantes negros y coronado de flores: pronunciará el discurso de recepción para amenizar la fiesta — el inteligente libelista fúnebre Don Francisco Bulnes.

Nota:—Don Carlos Pacheco bailará la danza macabra con juego de luz electrica.

—FIN.—

no fe
bres Ilustres
Con ex
ofree
puer

evuel
o inc



